

J. M. † J. T.

**Frailes Carmelitas Descalzos
Carmelitas Descalzas
Carmelo Seglar
Familia del Carmelo Teresiano en la Provincia**

**Hermanos, hermanas:
¡Os saludo con la Paz que nace del Corazón de Jesús!**

Cuando Jesús anuncia a sus discípulos su pasión, muerte y resurrección, para cumplir con la voluntad del Padre, les revela el sentido profundo de su misión y los anima a asociarse a ella, para la salvación del mundo. Recorriendo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las celebraciones pascuales, recordemos a Aquel que *se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz* (Flp 2,8).

En este tiempo de conversión renovemos nuestra fe, saciemos nuestra sed con el “agua viva” de la esperanza y recibamos con el corazón abierto el amor de Dios que nos convierte en hermanos en Cristo. En la noche de Pascua renovaremos las promesas de nuestro Bautismo, para renacer como hombres nuevos, gracias a la obra del Espíritu Santo. En esta Cuaresma dejémonos acompañar por la experiencia de San Juan de la Cruz cuyos centenarios celebramos; el poema de *El Pastorcico* puede iluminar este camino cuaresmal de un modo profundo, sirviendo de autoevaluación y análisis de cómo está nuestra vida interior y la expresión de nuestra conversión que nos permite encarnar una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante.

San Juan de la cruz nos recuerda que Cristo es poco amado de los que se dicen sus amigos, ya que en vez de buscarle a él, buscan sus goces y consuelos, por eso “Grande mal es tener más ojo a los bienes de Dios que al mismo Dios”(Dichos de Luz y amor, 127)

La expresión vivir en obsequio de Jesucristo, presente en la Regla del Carmen, en cuanto expresa lo que es la vocación del carmelita, fue asumida y radicalizada por San Juan de la Cruz, que en nuestra orden le tenemos por amador de Cristo crucificado, como principio de su vida espiritual. No se trata solo de servir exteriormente a Cristo, sino de configurar toda la existencia como oblación interior, desde el amor purificado hasta la

transformación del alma en Dios. Este ideal atraviesa su doctrina, tanto en su poesía como en sus comentarios. En el prólogo de *Dichos de luz y amor* nos dice que escribe para quitar impedimentos y tropiezos en lo que es y significa seguir a Cristo que consiste en hacerse semejante a él en vida: “hablemos palabras al corazón bañadas en dulzor y amor, de que tú bien gustas, quitando por ventura delante ofendículos y tropiezos a muchas almas que tropiezan no sabiendo, y no sabiendo van errando, pensando que aciertan en lo que es seguir a tu dulcísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y hacerse semejantes a él en vida, condiciones y virtudes y en la forma de la desnudez y pureza de su espíritu” (*Dichos de Luz y amor*, prólogo).

Cristo, en la tradición del evangelista Juan, es *el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas* (Jn 10,11), el Pastorcico que cantará San Juan de la Cruz. A primera vista el poema del Pastorcico se presenta como una escena bucólica, pero su trasfondo, profundamente cristológico y teológico, puede leerse en clave cuaresmal como una meditación poética sobre la Pasión de Cristo, su amor desbordante y el misterio del sufrimiento redentor.

Durante la Cuaresma, la Iglesia contempla a Cristo camino de la cruz, cargando con el pecado del mundo, “ajeno de placer y de contento”. El poema plasma este anonadamiento voluntario de Jesús.

San Juan de la Cruz pone ante nuestros ojos a Cristo mismo que se ha quedado solo, “ajeno de placer y de contento”. No es una queja, es un lamento de amor.

Se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo (Flp 2,7). En la noche de Getsemaní y en la cruz, Cristo aparece solo y abandonado, penetrado por el dolor de no sentirse correspondido por el amor humano.

El Pastorcico es la imagen de Jesús en Getsemaní, en la cruz, abandonado por los suyos, traicionado, solo... con el corazón desgarrado. Pero lo que más le duele no son las heridas físicas, sino el olvido.

San Juan de la Cruz no acentúa la culpa, sino la respuesta. La “pena” del Pastorcico no es tanto el sufrimiento físico como la herida del amor no correspondido. Desde esta clave, el amor no correspondido, Cristo no sufre por necesidad, sino por amor, no le duele haber sido herido, sino que su amor haya sido olvidado, así debemos vivir la Cuaresma. Ya que si el Pastor llora porque es olvidado, la conversión cuaresmal debe consistir en recordarlo, mirarlo, amarlo de nuevo. La Cuaresma es una llamada a la conversión, entendiendo por tal, la vuelta de nuestra vida y de nuestro corazón a Cristo que tiene el corazón herido. Del corazón herido de Cristo nace la verdadera conversión; no del miedo, sino del asombro ante un amor tan grande.



En este sentido la cuaresma debe ser para nosotros una llamada a no dejar a Cristo “penado y olvidado”; a recordar al Amor olvidado; a volver los ojos al que nos ha amado primero y aún llora porque no lo miramos. Es una llamada a ser compasivos con Cristo que sufre con amor, a identificarnos con él, a hacer nuestro su dolor.

La conversión cuaresmal, a la luz del texto sanjuanista, es una conversión que nace del asombro. El poema no grita, no reprocha. Simplemente describe el corazón de Cristo herido. Es ahí donde nace la conversión verdadera, no del miedo, sino del asombro ante un amor tan grande. La Cuaresma es, así, tiempo para recordar a ese Amor herido por nuestra indiferencia, pues como diría San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gal 2, 20).

El Evangelio afirma que *tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo* (Jn 3,16). Y ese Hijo llora, no de rabia, sino de amor olvidado. Podemos preguntarnos: ¿No nos commueve? ¿No sentimos el deseo de volver a ese Pastor que nos ama hasta el extremo?

Cada oración, cada acto de caridad, cada renuncia, es un modo de decir: No estás solo, Señor. No estás olvidado. Se nos pide mirar a Cristo en su dolor, no desde la culpa paralizante, sino desde el deseo de acompañarlo, de consolarlo. “Mas llora por pensar que está olvidado”. En el silencio del alma, debemos aprender a escuchar ese llanto de Jesús, que no pide explicaciones, sino compañía, amor, fidelidad. Nos pide el corazón.

Querida familia carmelitana en la Provincia, religiosos, religiosas, laicos, que esta Cuaresma del año jubilar de San Juan de la Cruz, sea para nosotros memoria viva del Amor herido, de Cristo, y que, como nuestro Santo Padre, miremos al Pastor que llora, respondiendo con ternura, con conversión, con una vida que grite: “No estás olvidado, Señor. Estoy contigo”.

Nuestro Santo Padre nos invita a traer un “un ordinario apetito de imitar a Jesucristo en todas sus obras, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar” (Dicho de luz y amor, 159) . Nos pide mirar a Cristo, el amigo fiel; a poner los ojos en él, escucharle, acoger al que es la vida, la verdad, el camino; al que es consuelo, fuerza y remedio contra todos los males.

En un mundo que corre tras la comodidad, el éxito fácil, la huida del dolor, San Juan de la Cruz nos lanza una pregunta: ¿Amas a Cristo también en la cruz? ¿O sólo cuando todo va bien?

La Cuaresma nos llama a la oración, a contemplar a Cristo solo, como el Pastorcico del poema, invitando al corazón a acompañarlo. Al ayuno, no como castigo, sino como ofrenda de amor, por quien se ofreció todo. A la



caridad hacia los demás, que se expresa en la atención y el cuidado hacia los necesitados, devolviendo amor al que ama olvidado, y lo hacemos en la atención hacia los hermanos más pequeños y solos: los enfermos, los pobres, los ancianos, los inmigrantes...

La Cuaresma, vista desde san Juan de la Cruz, es un descenso voluntario que configura al creyente con Cristo crucificado. No se trata de renuncia por renuncia, sino de vaciamiento para que pueda habitar en nosotros la Vida nueva del Resucitado.

Juan de la Cruz insiste en la necesidad de ser purificado en la fe, esperanza y caridad, para que estemos libres para amar. Este proceso de purificación es una forma de muerte espiritual, semejante al camino de Cristo hacia el Calvario: “El alma ha de ir desasiéndose de todo lo que no es Dios, para venir a Dios” (Dichos de luz y amor, 1).

La cruz pascual no es el fin, sino el umbral hacia la libertad. Para Juan de la Cruz esta libertad no es ausencia de sufrimiento, sino presencia de amor. La Pascua no es solo un hecho pasado, sino una forma de vivir. El alma unida a Dios es llamada a irradiar la vida nueva. Para San Juan, la resurrección se traduce en una vida llena de frutos espirituales: humildad, mansedumbre, compasión, alegría. No hay resurrección sin transformación.

Hermanos: Cada etapa de la vida es un tiempo para creer, esperar y amar. Este llamado a vivir la Cuaresma como camino de conversión y oración, y para compartir nuestros bienes, nos ayuda a reconsiderar la fe que viene de Cristo vivo, la esperanza animada por el soplo del Espíritu y el amor cuya fuente inagotable es el corazón misericordioso del Padre.

Que Sta. María la Virgen, Madre del Salvador, fiel al pie de la cruz y en el corazón de la Iglesia, nos sostenga con su presencia solícita y nos acompañe en el camino hacia la luz pascual.

Francisco Sánchez Oreja

Fr. Francisco Sánchez Oreja ocd

18 de febrero de 2026
 Miércoles de Ceniza

